

GANADORA DE LOS PREMIOS HUGO Y NÉBULA



# BINTI

NNEDI OKORAFOR

TRADUCIDO POR CARLA BATALLER ESTRUCH

Su nombre es Binti, y es la primera de los himba a la que se le ha ofrecido una plaza en Oomza Uni: la mejor institución de enseñanza superior de la galaxia. Aceptar esta oferta significará abandonar su casa, su familia y viajar a través de las estrellas entre extraños que no comparten su forma de ser ni respetan sus costumbres.

Lo que Binti no sabe es que el conocimiento le costará caro. Una sanguinaria raza alienígena, las medusas, amenazan su viaje y, para poder sobrevivir, necesitará la ayuda de su pueblo y de la sabiduría contenida en la Universidad.

Dedicado a la pequeña medusa azul  
que vi nadando en el lago Khalid un día soleado  
en Sharjah, Emiratos Árabes Unidos

Encendí el transportador y recé una oración en silencio. No tenía ni idea de lo que haría si no arrancaba. Mi transportador era barato, así que hasta una gotita de humedad o, lo que es más probable, un grano de arena, podría provocar un cortocircuito. Era defectuoso y en la mayoría de los casos me costaba reiniciarlo una y otra vez para que funcionara. «Ahora no, por favor, ahora no», pensé.

El transportador vibró en la arena y contuve la respiración. Diminuto, plano y negro como una piedra de oración, zumbó sin hacer ruido y luego se elevó despacio desde la arena. Produjo por fin la energía levantaequipajes. Sonreí. Ahora ya podía llegar a la lanzadera. Con el dedo índice tomé *otjize* de mi frente, me arrodillé y toqué la arena con el dedo para enterrar la arcilla roja de olor dulzón.

—Gracias —susurré.

Era un paseo de media milla por la carretera oscura del desierto. Como el transportador funcionaba, llegaría allí a tiempo.

Tras enderezarme, me detuve y cerré los ojos. El peso de toda mi existencia recaía ahora sobre mis hombros. Por primera vez en la vida desafiaba la parte más tradicional de mí misma. Me marchaba en medio de la noche y ellos no tenían ni idea. Mis nueve hermanos, todos mayores que yo, salvo por una hermana y un hermano más jóvenes, no lo habrían visto venir. Mis padres jamás se hubieran imaginado que yo haría algo así ni en un millón de años. Para cuando todos se dieran cuenta de lo que había hecho y a dónde me dirigía, yo ya habría abandonado el planeta. En mi ausencia, mis padres se gruñirían el uno al otro que nunca jamás me dejarían volver a poner un pie en su casa. Mis cua-

tro tías y mis dos tíos, que vivían calle abajo, gritarían y chismorrearían entre ellos sobre la vergüenza que suponía para todo el linaje. Me iba a convertir en una paria.

—Vamos —susurré en voz baja al transportador, con una patada. Los finos aros de metal que llevaba alrededor de cada tobillo tintinearón con fuerza, pero le volví a propinar un puntapié. Una vez puesto en marcha, el transportador funcionaba mejor sin tocarlo—. Vamos —repetí, con sudor en la frente.

Al ver que no se movía nada, me arriesgué a empujar las dos grandes maletas colocadas encima del campo de fuerza. Se movieron con suavidad y yo solté otro suspiro de alivio. Al menos tenía un poco de suerte de mi parte.

Quince minutos después, compré un billete y embarqué en la lanzadera. El sol apenas había empezado a asomar por el horizonte. Clavé la mirada en el suelo mientras avanzaba entre pasajeros sentados y demasiado conscientes de las puntas tupidas de mi cabellera trenzada que les golpeaban en la cara con suavidad. Nuestro cabello es espeso, y el mío siempre lo ha sido especialmente. A mi anciana tía le gustaba llamarlo *ododo* porque crecía indómito y denso como la hierba *ododo*. Justo antes de marcharme, había recubierto mis trenzas con *otjize* fresco y perfumado que elaboré precisamente para el viaje. A saber lo que les parecería a esas personas que no conocían tan bien a mi pueblo.

Una mujer se apartó de mí cuando pasé y arrugó la cara como si hubiera olido algo apestoso.

—Lo siento —susurré con la cabeza gacha e intentando no hacer caso a las miradas de casi toda la gente de la lanzadera.

Aun así, no pude evitar echar un vistazo alrededor. Dos chicas, que tendrían un par de años más que yo, se cubrieron la boca con unas manos muy pálidas, como si el sol no las hubiera tocado nunca. Parecía que todos tuvieran al sol de enemigo. Yo era la única himba en la lanzadera. Enseguida encontré un asiento y me dirigí hacia allí.

La lanzadera era uno de los nuevos modelos elegantes semejantes a las balas que mis profesores usaban para calcular coeficientes balísticos en los últimos años de enseñanza. Se deslizaban con rapidez sobre la tierra gracias a una combinación de corriente de aire, campos magnéticos y energía exponencial: una nave fácil de construir si se dispone de material y tiempo. También era un buen vehículo para el terreno cálido del desierto, donde las carreteras que salían del pueblo estaban en muy mal estado. A mi gente no le gustaba abandonar su tierra. Me senté en la parte trasera para poder mirar por el gran ventanal.

Podía ver las luces de la tienda de astrolabios de mi padre y del analizador de tormentas de arena que mi hermano había construido en lo alto de la Raíz, nombre que recibía la enorme casa de mis padres. Seis generaciones de mi familia habían vivido allí. Era la casa más vieja del pueblo, quizás la más vieja de la ciudad, hecha de piedra y hormigón, fría por la noche, cálida por el día. Estaba revestida de paneles solares y cubierta con plantas bioluminiscentes a las que les gustaba dejar de brillar justo antes del amanecer. Mi dormitorio se encontraba en la parte más alta de la casa. La lanzadera empezó a moverse y miré hasta que dejé de divisarla.

—¿Qué estoy haciendo? —murmuré.

Una hora y media después, la lanzadera llegó al puerto de despegue. Yo era la última, y me pareció bien, ya que la vista del puerto me sobrecogió tanto que lo único que pude hacer durante unos instantes fue quedarme plantada. Llevaba una larga falda roja, sedosa como el agua, una camisa de color naranja claro, rígida y duradera, unas sanda-

lias de piel fina y mis tobilleras. Nadie a mi alrededor vestía un atuendo así. Solo veía velos y prendas ligeras y sueltas; ninguna mujer llevaba los tobillos expuestos, ni tintineaban con brazaletes metálicos. Respiré por la boca y noté que el calor se extendía por mi rostro.

—Tonta, tonta, tonta —susurré.

Los himba no viajamos. No nos movemos. Nuestra tierra ancestral es vida; si te alejas de ella, te apagas. Incluso nos cubrimos el cuerpo con ella. «Otjize» es tierra roja. En el puerto de despegue, la mayoría de personas eran khoush y había otras pocas que tampoco eran himba. Aquí, yo era una extraña.

—¿En qué estaría pensando? —musité.

Tenía dieciséis años y nunca había salido de mi ciudad, y ni siquiera me había acercado a la estación de despegue. Me hallaba sola y acababa de dejar a mi familia. Mis posibilidades de matrimonio habían sido del cien por cien y ahora se acababan de reducir a cero. Ningún hombre querría a una mujer que hubiera huido. Sin embargo, además de arruinar las perspectivas de una vida normal, había sacado notas tan altas en los exámenes planetarios de matemáticas que la Universidad de Oomza no solo me había admitido, sino que prometió pagar por todo lo que necesitara para poder asistir. Daba igual qué decisión tomara, nunca iba a tener una vida normal, la verdad.

Miré a mi alrededor y enseguida supe lo que debía hacer. Me encaminé hacia el mostrador de información.



imagen

El agente de seguridad de transporte examinó mi astrolabio; fue un análisis completo y exhaustivo. Mareada por la

consternación, cerré los ojos y respiré por la boca para tranquilizarme. Solo por dejar el planeta tenía que darles acceso a toda mi vida: a mí, a mi familia y a las predicciones sobre mi futuro. Me quedé allí plantada, paralizada, escuchando la voz de mi madre en la cabeza:

—Hay una razón por la que nuestro pueblo no va a esa universidad. Oomza Uni te quiere para su propio provecho, Binti. Ve a esa universidad y te convertirás en su esclava.

No pude evitar considerar la posible verdad en sus palabras. Aún no había llegado allí y ya les había dado mi vida. Quería preguntarle al agente si ese procedimiento se lo hacían a todo el mundo, pero sentí miedo ahora que ya lo había terminado. A estas alturas, podían hacerme cualquier cosa. Lo mejor sería no causar problemas.

Cuando el agente me entregó el astrolabio, resistí el impulso de arrebatárselo. Era un anciano khoush, tan viejo que ostentaba el privilegio de llevar el turbante y el velo de la cara más oscuros. Sus manos temblorosas estaban tan retorcidas y artríticas que casi dejó caer el astrolabio. Estaba torcido como una palmera moribunda, y cuando me dijo: «Como nunca has viajado, debo hacer un examen completo. Quédate donde estás», su voz sonó más seca que el rojo desierto a las afueras de mi ciudad. Pero leyó el astrolabio tan rápido como mi padre, hecho que me impresionó y me asustó por igual. Lo convenció para que se abriera sustruyendo unas pocas ecuaciones determinadas y sus manos, firmes de repente, movieron los discos como si le pertenecieran.

Al terminar, la mirada penetrante de sus ojos verde claro pareció examinarme con más profundidad que el análisis de mi astrolabio. La gente esperaba detrás de mí y fui consciente de sus cuchicheos, risas tenues y murmullos infantiles. Hacía frío en la terminal, pero sentí el calor de la presión social. Me dolían las sienes y me picaban los pies.

—Enhorabuena —me dijo con esa voz reseca mientras me ofrecía el astrolabio.



—¿Por qué? —Fruncí el ceño, confundida.

—Eres un orgullo para tu pueblo, niña —dijo mirándome a los ojos. Entonces sonrió de oreja a oreja y me dio unas palmaditas en el hombro. Acababa de ver toda mi vida. Sabía que me habían admitido en Oomza Uni.

—Ah. —Me picaban los ojos por las lágrimas; cogí el astrolabio y, con voz ronca, dije—: Gracias, señor.

Me abrí paso rápidamente a través de la multitud de la terminal, demasiado consciente de su proximidad. Pensé en buscar un baño para ponerme más *otjize* en la piel y recogerme el pelo, pero en vez de eso seguí moviéndome. La mayoría de las personas en la concurrida terminal llevaban las vestimentas negras y blancas de los khoush: las mujeres se cubrían de blanco con cinturones y velos multicolores y los hombres iban de negro, como espíritus poderosos. Los había visto por la televisión y yendo de aquí para allá en mi ciudad, pero nunca me había encontrado en un mar de khoush. Eso era el resto del mundo y yo me hallaba por fin en él.

Mientras hacía cola para pasar por seguridad antes de embarcar, sentí un tirón en el pelo. Me di la vuelta y topé con las miradas de un grupo de mujeres khoush. Me observaban. Todos los que estaban detrás me estaban observando.

La mujer que me había tirado de la trenza se examinaba y frotaba los dedos. Tenía las yemas del rojo anaranjado de mi *otjize*. Las olió.

—Huele a jazmín —le dijo a la mujer de su izquierda, sorprendida.

—¿No es mierda? —le respondió—. Me habían dicho que olía a mierda porque es mierda.

—No, es jazmín, no hay duda. Aunque es espeso como la mierda.

—¿Su pelo es de verdad? —preguntó otra mujer a la que se frotaba los dedos.

—No lo sé.

—Estos *embarrados* son unos mugrientos —masculló la primera mujer.

Me di la vuelta sin más, con los hombros encorvados. Mi madre me había aconsejado que permaneciera callada ante los khoush. Mi padre me contó que, cuando se juntaba con los mercaderes khoush que acudían a nuestra ciudad a comprar astrolabios, intentaba pasar lo más desapercibido posible.

—Es eso o empezar una guerra con ellos que yo mismo acabaría —dijo.

Mi padre no creía en la guerra. Decía que la guerra era el mal, pero que si la había, la disfrutaría como si fuera arena en una tormenta. Entonces soltaba una pequeña oración a las Siete Deidades para mantener la guerra alejada y otra para sellar sus palabras.

Me eché las trenzas hacia delante y toqué el *edan* en el bolsillo. Dejé que mi mente se concentrara en él, en su extraño lenguaje, en su extraño metal, en su extraño tacto. Había encontrado el *edan* una tarde, hacía ocho años, mientras exploraba las arenas de los desiertos interiores. «Edan» era el nombre genérico para un aparato tan viejo que nadie conocía su cometido, tan viejo que ahora solo era arte.

Mi *edan* era más interesante que cualquier libro o cualquier nuevo diseño de astrolabio que fabricara en la tienda de mi padre y por el que, seguramente, esas mujeres se matarían entre ellas por comprar. Y, metido en mi bolsillo, me pertenecía, y las cotorras esas de detrás nunca lo sabrían. Las mujeres hablaban sobre mí y los hombres seguramente también lo harían. Pero ninguno sabía lo que tenía, dónde iba, quién era. Que cotillearan y juzgaran. Por suerte, entendieron que no debían tocarme el pelo otra vez. A mí tampoco me gusta la guerra.

El guardia de seguridad hizo una mueca cuando avancé. Detrás de él podía ver tres entradas; la del medio conducía hasta la nave llamada Pez Tercero, que me llevaría hasta

Oomza Uni. La puerta abierta era grande y redonda, y desembocaba en un largo corredor iluminado por una tenue luz azul.

—Acérquese —dijo el guardia de seguridad.

Llevaba el mismo uniforme que todo el personal de bajo rango de la estación de despegue: una larga chilaba blanca y guantes grises. Yo solo había visto ese uniforme en grabaciones y libros; contuve la risa, muy a mi pesar. Tenía una pinta ridícula. Di un paso adelante y todo se volvió rojo y caliente.

Cuando el escáner corporal pitó al acabar, el guardia de seguridad rebuscó en mi bolsillo izquierdo y sacó el edan. Se lo acercó a la cara con el ceño muy fruncido.

Esperé. ¿Qué sabría él? Inspeccionaba la forma de cubo estrellada, presionando sus numerosos puntos con un dedo y mirando los extraños símbolos que yo había intentado descifrar durante dos años sin éxito. Se lo acercó para ver mejor los intrincados círculos y espirales de azul, negro y blanco, muy parecidos a los lazos que llevaban las jóvenes en la cabeza para el ritual de su undécimo cumpleaños.

—¿De qué está hecho? —preguntó el guardia, pasándolo por un escáner—. No lee ningún metal conocido.

Me encogí de hombros, demasiado consciente de la gente que había detrás de mí esperando en la cola y mirándome. Seguramente para ellos sería como una de esas personas que vivían en cuevas en las profundidades del desierto interior, tan ennegrecidas por el sol que parecían sombras andantes. No me enorgullece decir que tengo sangre del Pueblo del Desierto por parte de mi familia paterna; de ahí provienen mi piel oscura y el espesísimo pelo.

—Leo en su identificación que es armonizadora, una con mucho talento que fabrica los mejores astrolabios —dijo—. Pero este objeto no es un astrolabio. ¿Lo ha hecho usted? ¿Cómo puede crear algo y no saber de qué está hecho?

—No lo hice yo.

—¿Quién fue?

—Solo es un trasto muy viejo —dije—. No tiene matemáticas ni corriente. Solo es un artefacto computativo inerte que llevo para que me dé suerte.

Era una mentira a medias. Pero ni siquiera yo sabía exactamente qué podía y qué no podía hacer.

El hombre me miró como si quisiera preguntarme algo más, pero no lo hizo. Sonreí para mis adentros. Los guardias gubernamentales de seguridad solo recibían educación hasta los diez años, pero por su trabajo estaban acostumbrados a dar órdenes a la gente. Y, sobre todo, despreciaban a personas como yo. Al parecer ocurría lo mismo en todas partes, daba igual la tribu que fuera. Ese no tenía ni idea de lo que era un «artefacto computativo», pero no quería revelar que una pobre muchacha himba tenía más educación que él. No delante de toda esa gente. Así que me hizo avanzar rápido y me hallé, por fin, en la entrada de la nave.

No podía ver el final del pasillo, por lo que me quedé mirando la puerta. La nave era una obra magnífica de tecnología viva. *Pez Tercero* era una Miri 12, un tipo de nave que pertenecía a la familia de las gambas. Las Miri 12 eran criaturas tranquilas y estables, con exoesqueletos naturales que podían resistir las crudezas del espacio. Se modificaban genéticamente para que generaran tres cámaras de respiración en sus cuerpos.

Los científicos trasplantaban con rapidez plantas en crecimiento dentro de esas inmensas salas que, además de producir oxígeno a partir del CO<sub>2</sub> que llegaba desde otras partes de la nave, absorbían benceno, formaldehído y tricloroetileno. Era una de las clases de tecnología más alucinantes sobre las que había leído. En cuanto me instalara, pensaba convencer a alguien para que me dejara ver una de esas increíbles salas. Pero en ese momento no pensaba en la tecnología de la nave. Me hallaba en el límite entre mi casa y mi futuro.

Entré en el corredor azul.



Así es como empezó todo. Encontré mi habitación. Encontré mi grupo: doce estudiantes nuevos, todos humanos, todos khoush, de quince a dieciocho años. Una hora después, el grupo y yo habíamos encontrado un técnico de la nave para que nos enseñara una de las cámaras de respiración. No era la única estudiante nueva en Oomza Uni que deseaba con desesperación ver esa tecnología en funcionamiento. Allí dentro el aire olía a selvas y bosques que yo solo había visto en los libros. Las plantas tenían hojas resistentes y crecían por todas partes, desde el techo y las paredes hasta el suelo, salvajes y llenas de flores. Podría haberme quedado respirando ese aire fresco y perfumado durante días.

Conocimos al líder de nuestro grupo unas horas después. Era un viejo khoush severo que, al examinarnos a los doce, hizo una pausa al llegar a mí y preguntó:

—¿Por qué vas cubierta de esa arcilla roja grasienta y cargada con todas esas tobilleras de metal? —Cuando le conté que era himba, dijo con frialdad—: Lo sé, pero no has respondido a mi pregunta.

Le expliqué que mi pueblo tenía una tradición sobre el cuidado de la piel y que llevábamos aros de metal en los tobillos para protegernos de las mordeduras de serpiente. Me miró durante mucho rato; el resto de mi grupo también me observaba como si fuera una mariposa rara y poco común.

—Ponte tu *otjize* —dijo—. Pero no tanto como para manchar la nave. Y si esas tobilleras son para protegerte de

las mordeduras de serpiente, ya no las necesitas.

Me las quité, aunque dejé dos aros en cada tobillo. Lo suficiente para que tintinearan en cada paso.

Era la única himba de la nave entre quinientos pasajeros. Mi tribu está obsesionada con la innovación y la tecnología, pero es pequeña, reservada y, como he dicho, no nos gusta dejar la Tierra. Preferimos explorar el universo viajando hacia el interior, en lugar de hacia el exterior. Ningún himba ha asistido jamás a Oomza Uni, por lo que no resultaba sorprendente que fuera la única en la nave. Sin embargo, no es fácil lidiar con una situación así por muy poco sorprendente que sea.

En la nave había mucha gente abierta y amante de las matemáticas y de experimentar, aprender, leer, inventar, estudiar, obsesionarse, demostrar. No eran himba, pero pronto comprendí que seguían siendo mi gente. Aunque yo destacaba como himba, los puntos en común brillaban con más intensidad. Hice amigas enseguida y, tras dos semanas en el espacio, nos convertimos en buenas amigas.

Olo, Remi, Kwuga, Nur, Anajama, Rhoden. Solo Olo y Remi pertenecían a mi grupo. A las demás las conocí en el comedor o en la sala de aprendizaje donde los profesores que iban a bordo daban algunas conferencias. Todas habían crecido en amplias casas; no habían caminado nunca por el desierto ni habían pisado una serpiente escondida en la hierba seca. Eran chicas que no podían soportar los rayos del sol de la Tierra si no era a través de ventanas tintadas.

Aun así, eran chicas que me entendían cuando hablaba de «ramificar». Nos sentábamos en mi habitación (como tenía poco equipaje, era la más vacía) y nos retábamos a mirar las estrellas e imaginar la ecuación más compleja y luego a dividirla por la mitad y partirla una y otra vez. Cuando se hacen fractales durante un buen rato, una acaba adentrándose en la ramificación lo suficiente como para perderse en los bajíos del mar de las matemáticas. Ninguna de

nosotras habría entrado en la universidad si no pudiésemos ramificar, pero no es sencillo. Éramos las mejores y nos animábamos a acercarnos cada vez más a «Dios».

Y luego estaba Heru. No había hablado nunca con él, pero nos sonreíamos a través de la mesa durante las comidas. Era de una ciudad tan alejada de la mía que parecía producto de mi imaginación, donde nevaba y los hombres cabalgaban sobre enormes pájaros grises y las mujeres podían hablar con esos pájaros sin mover la boca.

En una ocasión, Heru estaba detrás de mí en la cola de la cena con uno de sus amigos. Sentí que alguien me cogía una trenza y me di la vuelta, lista para enfadarme. Me encontré con sus ojos y enseguida soltó mi pelo, sonrió y levantó las manos a la defensiva.

—No he podido evitarlo —dijo, con las yemas de los dedos rojizas por mi *otjize*.

—¿No puedes controlarte? —le espeté.

—Tienes exactamente veintiuna —dijo—. Y están trenzadas en triángulos teselados. ¿Es algún tipo de código?

Quería explicarle que sí, que había un código cuya pauta hablaba del linaje, la cultura y la historia de mi familia. Que mi padre había diseñado el código y mi madre y mis tías me habían enseñado a trenzármelo en el pelo. Sin embargo, ver a Heru hizo que mi corazón latiera demasiado rápido y no me salieron las palabras, así que solo me encogí de hombros y me di la vuelta para servirme un cuenco de sopa. Heru era alto y tenía los dientes más blancos que había visto jamás. Se le daban muy bien las matemáticas; pocos se habrían dado cuenta del código en mi pelo.

Pero nunca tuve la oportunidad de contarle que mi pelo estaba trenzado según la historia de mi pueblo. Porque pasó lo que pasó. Ocurrió el decimoctavo día de viaje. Cinco días antes de llegar al planeta Oomza Uni, la universidad más influyente, innovadora e inmensa de la Vía Láctea. Nunca en toda mi vida había sido tan feliz y nunca en mi vida había estado tan lejos de mi querida familia.